

no el tiempo, respiraba siempre algún rato el aire fresco, apoyándose en el brazo de uno de sus ayudantes y limitando su conversación a un cariñoso saludo al principio y al fin. Almorzaba a las once y media con la emperatriz, y después del almuerzo se presentaba el primer chambelán, el conde Baccocchi, para recibir órdenes sobre el empleo de la noche. Hecho esto, el duque de Bassano, en su calidad de chambelán mayor, presentaba a extranjeros de distinción y otras visitas. El amable saludo y la actitud digna de Napoleón produjeron siempre la mejor impresión en los personajes a quienes recibía y que con frecuencia eran en número extraordinario. Hacia las cuatro solían ir en carruaje los emperadores al bosque de Boulogne ó á veces á arrabales menos distinguidos, á los cuales el emperador visitaba mucho más cuando salía solo á caballo, lo cual daba mucho trabajo á la policía si no estaba avisada de antemano. A veces tuvo la ocurrencia súbita de salir á caballo muy temprano por la mañana para visitar, por ejemplo, los bulevares y calles en construcción, porque tomaba grandísimo interés en la reforma interior de París desde la confección de los planos hasta la ejecución material, atendiendo además de la hermosura á la salubridad, como lo prueban sus construcciones monumentales de canales y las plazas de recreo. Habíale desaconsejado Pereire de hacer plantar flores en la plaza de Montholon, fundándose en que éstas serían arrancadas en aquel barrio tan pobre; pero cuando todo estuvo concluido fué Napoleón con él á la citada plaza y enseñándole los cuadros de flores le dijo con expresión triunfante: «Ya lo vé usted, no han tocado ni una sola flor.»

A las siete de la tarde se comía en las Tullerías. El emperador llevaba del brazo á la emperatriz á su asiento y más tarde iba á su lado el príncipe imperial. A la derecha é izquierda de la familia imperial tomaban asiento los señores y señoras de la alta servidumbre de palacio y enfrente del emperador se sentaba el ayudante general de palacio, que fuera de Filon era la única persona que comía diariamente con el emperador. Por lo general ocupaban la mesa de doce á diez y ocho comensales. Por poco que lo permitiera la salud de Napoleón, solía ser el más alegre de todos, dirigía la palabra á todos lados, hablando de las novedades del día, pero nunca de personas.

Contra el deseo del emperador, había dispuesto Persigny que los periódicos publicaran diariamente noticias de la corte, lo cual debía robustecer en su opinión la lealtad de la población. Durante algún tiempo le dejó hacer Napoleón, pero luego se renunció á estas noticias (1).

Componían la servidumbre de palacio en parte personas de opiniones muy bonapartistas, pero que nada intervenían en la política, y en parte personas que habían prestado su auxilio para el golpe de Estado y que habían sido recompensadas con cargos de palacio de crecidas dotaciones. Así fueron nombrados: capellán mayor el obispo de Nancy; Saint-Arnaud, mayordomo mayor de palacio y ministro de la Guerra; el mariscal Magnan, montero mayor; el duque de Bassano, primer chambelán; el duque de Cambaceres, maestro de ceremonias; y las dignidades inmediatas corrían á cargo de los coroneles Fleury, Edgardo Ney, Beville y el conde Baccocchi. Reuniendo en una misma persona diferentes cargos supo asegurar el emperador á estos servidores fieles sueldos brillantísimos, y así cobraba Saint-Arnaud, por ejemplo, 300,000 francos anuales, Magnan 200,000, Menjaud 125,000, Ney 95,000 y Beville 75,000. Fleury ocupó un puesto de influencia especial. Nacido en París el año 1815, había derrochado en su juventud borrascosa toda su hacienda. Después

(1) Jerrold, tomo III, págs. 409 y 410.

entró en el nuevo cuerpo de los spahis, en el cual hizo once campañas en Argelia. Herido tres veces, alabado también tres veces en las órdenes del día por su valor, fino y amable en su trato, vividor y siempre pronto á prestar servicios de amistad, era muy bien visto entre sus camaradas, sobre los cuales ejercía grandísima influencia. Antes de ser elegido presidente de la república el príncipe Napoleón habíase acercado á él, y nombrado por él después de su elección edecan suyo, había adquirido toda su confianza. A él debió Saint-Arnaud su nombramiento para el ministerio de la Guerra, y de un modo análogo ganó á muchos otros compañeros de armas á la causa de Napoleón. Tratando diariamente con el presidente y luego con el emperador, adquirió grandísima influencia sin solicitar cargos políticos ni dignidades; pero ascendiendo en la corte y en el ejército progresivamente, fué nombrado senador en 1865 y embajador en San Petersburgo en el último período del imperio.

Mocquard, el secretario particular y antiguo confidente del emperador, era de un carácter singular. Muy inteligente, escéptico, nervioso, había leído mucho y poseía un estilo exquisito, sabiendo expresar sus ideas políticas, que en general tenían un fin práctico, de una manera á menudo muy original, pero siempre feliz. Eran muchas sus obras literarias, como dramas, novelas y folletines de toda clase; pero eran en mayor número las que escribió en el servicio del emperador, siendo también su importancia en este puesto mucho mayor de lo que parecía desde fuera, porque á la larga la de ningún ministro igualó la de Mocquard. Este antiguo amigo de la casa de Arenemberg, era enemigo declarado de la etiqueta, por lo cual le gustaba conservarse siempre en una especie de semi-oscuridad, á pesar de lo cual aprovechó muy bien su posición para asegurarse una vida epicúrea. Cuando murió en 1864, á la edad de 73 años, ocupó su puesto el consejero de Estado Conti, natural de Córcega, hombre también muy literato, penetrante y fidelísimo al emperador; mas á pesar de esto no llegó jamás á llenar completamente el vacío que había dejado Mocquard.

Merece también especial mención el doctor Conneau, antiguo médico de cámara de la reina Hortensia y fiel compañero de Napoleón en la fortuna y en la desgracia. Había nacido el año 1803. En tiempo de Napoleón fué siempre diputado y en 1867 senador. Hacia el año 1860 sirvió á Napoleón de agente político para asuntos confidenciales.

Se ha dicho hasta la saciedad que de la corte imperial y de las personas más inmediatas de los emperadores, y de estos mismos, salió el mayor impulso dado á la creciente desmoralización de la sociedad de París; pero en esto se ha ido demasiado lejos, porque si bien es verdad que Napoleón no era hombre capaz de detener el mal, hay que tener presente que era demasiado hijo de la fortuna, á la cual debió toda su autoridad, lo cual le impidió oponerse con eficacia á la corriente materialista, al afán de especulaciones lucrativas, y al dominio de la galantería, ó sea de lo que Dumas ha llamado el *demi-monde*. También es verdad que la Francia estaba trabajada ya desde muchos años por todos los elementos corruptores de la moral, y que naturalmente había de llegar el día en que sus efectos se presentaran á la luz del sol. La libertad con que el vicio era descrito y glorificado podía parecer doblemente repugnante si se comparaba con la censura fiscalizadora, que sabía suprimir la extralimitación política más pequeña, y lo peor fué que la sociedad elevada aplaudía la representación de la inmoralidad en una mujercuela llamada Rigolboche, la cual introdujo el *demi-monde* en la literatura publicando sus «memorias», que fueron reimprimadas un sin fin de veces é imitadas otras tantas. Hasta los partidarios más fieles del presidente perdieron la paciencia cuando

en febrero de 1852 se representó en el teatro del Vaudeville *La dama de las Camelias*, de Dumas (hijo), sobre lo cual Viel-Castel dijo en su diario: «Durante cinco largos actos saca esta mujer ante un público culto todos los pormenores de su vida de prostituta, no faltando en este cuadro ni la tercera ni el tahir ni los discursos cénicos ni las escenas copiadas de los sitios más vergonzosos... Esta dama de las camelias ha de representar el verdadero amor, ella, que recibe alternativamente las caricias del amante que paga y los besos del amante de su corazón, que hace pagar al parroquiano rico para mantener al pobre.... Y el padre que para distraer á su hijo de su amante induce á ésta á volver á su antiguo oficio, y finalmente la justificación de esta persona, que muere en los brazos de su amante y de sus amigos después de haber hecho la apología de la religión, y sobre cuya tumba se dice: «Mucho le será perdonado, porque ha amado mucho.» Pero por inmoral que fuese la pieza, más inmoral fué el público que asistió á ella. Uno de los explotados paganos del drama era la caricatura del conde de Gervilliers, el cual asistió cada noche en su palco á las representaciones mientras su esposa, divorciada de él, asistía á ellas en otro palco (1).

La literatura del día reflejó la sociedad como el agua pantanosa refleja la cicuta. Los bohemios, es decir, los vagabundos y aventureros literarios, haraganes y sin escrúpulos, se introdujeron en la poesía siguiendo las huellas de Enrique Murger, individuo personalmente amable y simpático, que vivió desde 1822 hasta 1861. El realismo en su sentido más repugnante, la pintura de lo más sóez, dominaba en la literatura dramática y novelesca. El público se recreaba asistiendo á funciones dramáticas en que los hijos reprenden á sus padres libertinos y en que los maridos ya no son celosos de los amigos de su casa, sino éstos de los maridos. Se analizaban con el microscopio la lepra social y todas sus suciedades; cuando la vida moderna no suministraba motivos, se sacaban de la antigüedad y del Oriente ejemplos inauditos de concupiscencia y de horror (como en el *Salambó*, de Flaubert, publicado en 1862); y cuando el público ya no encontró bastante excitantes *La dama de las Camelias*, *Las muchachas de mármol* (por Barriere, representadas en el Vaudeville en 1853) y *Las leonas pobres* (por Augier, en 1858), se utilizaron cuentos de hadas para tener motivos de presentar trajes livianos y escenas más livianas todavía.

Por mucho que este decaimiento moral fuese vergonzoso, no podía atribuirse la culpa al imperio, que al fin no era á su vez más que un síntoma de la enfermedad general, pues que después de su caída continuó sin parar la literatura en la pendiente emprendida, como había empezado ya la misma pendiente antes del imperio. Las diferencias que separaban á Dumas (hijo) y Barriere de Scribe ó á Flaubert de Feydeau y de Balzac, no eran diferencias de clase, sino de grado, como dice muy bien Kreyssig. Desde hace mucho tiempo observaron los críticos graves el camino falso que emprendía el drama, y al hojear por ejemplo la *Revista de Ambos Mundos*, se verán en los artículos literarios lamentos frecuentes quejándose de que mayor mérito alcanzaba en el teatro el maquinista y el decorista que el poeta; de que la escuela romántica con su caza pueril de imágenes retóricas y sus juguetes fantásticos sucumbía ante el empuje del realismo, y de que la representación de las verdades morales dejaba el puesto al estudio de los errores. «El espíritu práctico de la vida prosaica dominaba hacia ya tiempo en el teatro, así como el materialismo y

(1) Véanse las obras alemanas: Bornhak: *Historia de la literatura francesa*, 1886, pág. 441, y Kreyssig: *El movimiento intelectual francés en el siglo XIX*, Berlín, 1873.

la sensualidad nerviosa en la novela, y solo se hicieron más claros, más positivos y más prosaicos desde que las especulaciones felices y el afán brutal de goces materiales reinaban en las altas regiones de la vida.» Las clases más graves de poesía, la tragedia, la poesía épica, apenas encontraban ya aficionados ni cultivadores, y se hablaba en són de mofa de la escuela del sano criterio para calificar de insulsos y prosaicos á Ponsard y á los pocos poetas serios que como aquel procuraron combatir las malas costumbres. Verdad es que tampoco hubo entre ellos ni uno que hubiese sabido hacerse oír, porque á todos faltaba el irresistible grito de la naturaleza que domina los espíritus porque sale del corazón; de suerte que estos poetas no pueden ser clasificados más que entre las decoraciones y no entre los elementos de impulso.

Lo que el emperador y su gobierno hicieron para auxiliar á la literatura honrada y oponerse á las extralimitaciones peores de los escritores modernos fué poca cosa, y aunque hubieran hecho más, no habría producido gran resultado. El gobierno perseguía á los editores y autores cuando una obra excedía los límites del decoro, como la novela de Flaubert: *Madame Bovary*, publicada en 1857; pero pocos años después fué distinguido este autor con la cruz de la Legión de Honor. Tampoco se quiso dar permiso para representar las *Leonas pobres*, de Augier; pero luego se permitió su representación á instancias del príncipe Napoleón. Más serios fueron los apoyos que el emperador concedió á los literatos que se opusieron á la pasión creciente de especulaciones y á la caza insensata de riquezas, como sucedió con Ponsard, que en 1853 luchó contra estos excesos de codicia en su drama *El honor y el dinero*, y tres años después en otro drama titulado *La Bolsa*, por lo cual Napoleón expresó su agradecimiento al autor en una carta calurosa. También escribió otra á Oscar de la Vallée por su obra *Los manipuladores del dinero*, estudios históricos y morales sobre los especuladores, publicada en 1857, en cuyo año dió á luz Dumas (hijo) con el mismo fin su obra: *Cuestión de dinero*. Además se publicaron con igual objeto muchas biografías de corifeos de la bolsa; mas todos estos esfuerzos contra la corriente fueron impotentes contra el aumento asombroso de negocios y de las empresas gigantescas, apoyados por el gobierno y por las excitaciones de la prensa diaria.

Cuando más estrechos eran los límites dentro de los cuales se podía sostener la discusión política, con tanto mayor afán procuraron los periódicos valerse de otras materias para hacerse interesantes. Veinte años hacía que casi todos los periódicos publicaban novelas en sus folletines, y estas novelas decidieron en muchos casos la vida ó la muerte de un periódico; pero no bastaban las novelas para llenar todo el espacio que no se podía llenar con política, y esto tuvo por consecuencia que se publicara, con las necesarias precauciones, la vida privada de personajes conocidos, ó que se hicieran objeto de artículos de fondo grandes empresas industriales ó de bancos. En el de las vidas privadas ningún periódico ganaba al *Figaro*, fundado en 1854, porque ningún periodista sabía escribir con tanta agudeza como Villemessant. La crónica parisiense se fué convirtiendo en una colección de escándalos privados, y las aventuras de las mujeres venales constituían una lectura favorita, sin que se respetaran secretos particulares ni el decoro, ni detuvieran á los escritores las consecuencias desmoralizadoras. Los tales cronistas se excusaban diciendo que «antes estaba rodeada de un muro la vida privada, pero que á la sazón lo estaba la vida pública (2)». El gobierno, para indemnizarnos, nos abandona las vidas privadas, nos concede la patente de los escándalos.» Mas

(2) Delord, tomo II, pág. 161.



lucrativo y seductor era para los periódicos hacerse órganos sin conciencia de los especuladores de bolsa. Muchos periódicos grandes de París fueron adquiridos por los especuladores principales, que pagaron por ellos sumas inmensas. Mirés, que era propietario del *Pays*, bajó el precio de este periódico tanto, que no pagaba los gastos, con el solo fin de atraerse los suscriptores del *Constitutionnel* y adquirirlo después por 1.200.000 francos de sus propietarios, que eran Morny y Veron. Su rival Millaud adquirió la parte que tenía Emilio de Girardin en el periódico *La Presse* por 800.000 francos. El periódico *La Patrie* pertenecía al banquero De-lamarre, y una cosa análoga sucedía con otros periódicos de la capital y de provincias. Por supuesto que en estas especulaciones periodísticas no se buscaba el beneficio que pudiera dar el periódico por sí, pues que solo debía servir de medio para atraer al público á negocios de mala fe, para subir y bajar el curso de los valores bursátiles, facilitando de esta manera un verdadero juego peor que el de la lotería, del cual los lectores de buena fe de tales periódicos eran las víctimas. Pocos escrupulos mostraban tener los grandes bolsistas de extender cada vez mas este juego loco á todas las clases de la sociedad. El gobierno intervino alguna vez para oponer un dique á este furor y hasta envió una advertencia al fidelísimo *Constitutionnel*, porque á pesar de los consejos oficiales que le había dado, continuaba favoreciendo ciertas empresas industriales y desacreditando otras con insinuaciones inexactas y malévolas; mas estas mismas advertencias eran provocadas ó bien impedidas por la influencia de los mismos especuladores y capitalistas, y acaso tambien hasta por los ministros y grandes dignatarios para sus fines personales financieros.

Entre las personas que estaban mas próximas al presidente había muchas cuya situación económica era desesperada, y las cuales, ya para salvarse, ya por la afición al juego de bolsa, se hallaban enredadas en las especulaciones mas arriesgadas. Hasta se hablaba de Napoleón mismo diciéndose que aprovechaba su posición para lucrar en negocios de bolsa, lo cual no se ha podido comprobar hasta ahora; y muy al contrario, le han sido muy favorables las relaciones, no completas, pero ya muy extensas, que han suministrado los papeles secretos encontrados en las Tullerías después de la caída del imperio. Examinados con afán estos papeles por sus contrarios, resulta que Napoleón tenía grandes deudas al dar el golpe de Estado, debiendo cientos de miles de francos al general Narvaéz y al marqués de Pallavicini. Por otra parte, no se mostró mezquino respecto de sus parientes, allegados y servidores fieles, ni en general en asuntos pecuniarios; pero le bastó su dotación para cubrir ampliamente todas sus necesidades, y no hay pruebas de que hubiese dispuesto de sumas que solo podían explicarse por especulaciones de bolsa; porque las economías que empleaba en empresas de utilidad general como roturaciones y cultivo de tierras y otras empresas por el estilo, eran al fin y al cabo relativamente modestas. No podía decirse lo mismo de una gran parte de sus auxiliares en el golpe de Estado, porque de Morny se sabía que en diciembre de 1851 estuvo á punto de quebrar; por el mismo tiempo Magnan tenía embargados los muebles en París y en Estrasburgo y estaba agobiado de deudas, rivalizando con él y ganándole en este concepto Fleury, siempre amable y vividor; y cosas análogas se contaban de muchos otros personajes de la nueva situación. Viéronse después estos mismos hombres en relaciones las mas íntimas con los corifeos de la bolsa, que saqueaban al público aparentando empresas sólidas. Otros miembros de la aristocracia les imitaron y fomentaron la pasión loca del juego, que se extendió, sobre todo después del golpe de Estado, engañando al observador im-

parcial, que no estaba en el secreto, con la apariencia de la prosperidad general. En el año 1852 arrojó el presupuesto 66 millones de francos de exceso de ingresos sobre los gastos, y 44 millones en 1853; las rentas habían subido tan rápidamente que el emperador pudo convertir en marzo de 1853 la renta del cinco por ciento en renta del cuatro y medio por ciento, con lo cual economizó á favor del Estado 18 millones de intereses anuales. Los valores de los ferro-carriles se habían duplicado en poquísimo tiempo, y la especulación con las acciones de banco de nueva fundación llegó á adquirir un carácter de verdadera demencia. El Crédito Mobiliario, fundado por los hermanos Pereire, dió lugar á juegos escandalosos. Las acciones de 500 francos fueron colocadas á su emisión á 700 francos, y subieron luego á 1.900 francos para volver á caer después con igual rapidez, porque el prometido dividendo de cuarenta por ciento resultó ser una pura farsa; mas esto no impidió que surgieran continuamente nuevas empresas análogas, como el *Crédito Territorial*, el *Crédito Industrial*, el *Comunal*, el *Agrícola* y otros muchos. A estos bancos se agregaron infinitas compañías de ferro-carriles, de ómnibus, de coches de plaza, de docks y otras, que todas ostentaban entre sus direcciones y consejos de vigilancia grandes títulos y nombres de la alta aristocracia para servir de reclamo, cuyos poseedores se hacían pagar á alto precio el acto de prestarse á figurar en tales consejos. En todas estas empresas jugaba el principal papel el *Crédito Mobiliario*, que compraba ferro carriles austriacos, construía nuevas líneas en Rusia, España, Suiza y otras partes, hacia préstamos á las compañías francesas, y en menos de cinco años con su capital de fundación de 60 millones de francos, hacia emisiones de papel por mas de 1.500 millones (1). Durante bastante tiempo se sintieron solamente los efectos benéficos que recibían por este impulso enérgico las industrias y el comercio. Abundaba el trabajo para los obreros y subían los jornales; ni pudo conmover esta prosperidad y el restablecimiento de la confianza el sordo temor de que Napoleón para sostenerse provocara una guerra extranjera. La confianza en que la tranquilidad interior estaba asegurada para el porvenir inmediato, fué mas poderosa que aquellos temores vagos.

De cuando en cuando la noticia de algun atentado contra la vida de Napoleón sembró, sin embargo, el espanto en la sociedad y mucho mas en el círculo de las personas iniciadas, si bien muchos de estos peligros, evitados afortunadamente, no llegaron siquiera á conocimiento del público en general. El público se acostumbró en cierta manera á estos desasosiegos, porque Napoleón tuvo buen cuidado de acostumbrarlo por su parte, haciendo publicar él mismo las amenazas desenfundadas que sus enemigos proscritos lanzaban. El *Monitor* publicó, por ejemplo, pasajes de Víctor Hugo como el siguiente: «Enfrente de Bonaparte y de su gobierno solo corresponde una cosa al ciudadano digno de este nombre: cargar su fusil y aguardar la hora. Luis Napoleón está fuera de la ley y fuera de la humanidad.» También hizo publicar extractos de artículos furibundos de la prensa inglesa y el manifiesto de la sociedad revolucionaria de Londres, que invitaba á los revolucionarios á tener á punto «la cuerda vengadora.» Con razón podía esperar el emperador que el ciudadano pacífico soportaría de buena gana el gobierno de la policía con tal que ésta velara por la vida del emperador y con ella por la tranquilidad pública; mientras el emperador estaba hasta cierto punto persuadido, conforme á su creencia fatalista, de que había de acabar su vida de una manera

(1) Véanse las obras alemanas: Horn: *El crédito en Francia*, Leipzig, 1857; P. Geyer: *La Francia en el reinado de Napoleón III*, Leipzig, 1865.

violenta. En agosto de 1852 envió lord Malmesbury á su secretario particular á París para enterar á Napoleón de los proyectos de los refugiados franceses en Jersey, que preparaban un desembarco y un atentado contra su vida, y en aquel mismo día el ministro prusiano Manteuffel le participó que los revolucionarios proyectaban otro desembarco desde la Argelia; pero Napoleón se rió de estos planes y añadió en serio que un atentado contra su vida sería el único que tendría probabilidades de éxito (1). No hay que dudar que la policía francesa tuvo conocimiento de un gran número de proyectos de esta clase, muchos de los cuales ahogó en germen, á pesar de que las revelaciones hechas posteriormente por diferentes agentes de policía no pueden merecer gran confianza. Griscelli, natural de Córcega, empleado en la policía secreta, refiere que descubrió poco después del golpe de Estado una máquina infernal en una casa del arrabal de San Honorato, y que después el embajador francés en Londres avisó que debía llegar á Francia un deportado evadido de Lambesa, llamado Kelche, á quien luego el mencionado agente de policía descubrió y mató de un tiro al querer evadirse. También refiere la prisión de otro italiano llamado Sinibaldi, que al día siguiente se encontró ahorcado en la cárcel, pero que en realidad murió envenenado. Otro conspirador italiano, Silvani de Perusa, que se hacía llamar Morelli y que se proponía atentar contra la vida de Napoleón en Burdeos, fué acompañado por el mismo Griscelli para no perderle de vista desde Calais á Burdeos, y fué muerto antes de la ejecución del atentado por su acompañante, que arrojó el cadáver al Garona. Ocioso sería querer investigar lo que hay de verdad en estas relaciones novelescas, ni tampoco puede atribuirse ninguna fe á las revelaciones fantásticas de Claude, jefe de la seguridad pública, y que publicó en 1881 nada menos que diez tomos de sus revelaciones; pero por esto no es menos verdad que la vigilancia estrecha y activa de la policía fué el único medio de asegurar la vida del emperador contra los proyectos de los conspiradores (2). También en el extranjero se generalizó la idea de que la vida del emperador era la mejor garantía de la duración de la prosperidad, pues se observó con gran satisfacción que en su política nada había de aquel humor belicoso que se le había supuesto. Los artículos furiosos publicados por la prensa inglesa contra el imperio todavía á principios de 1853, se hicieron cada día mas raros, hasta que cesaron del todo. Mucho gustó en Inglaterra el discurso del trono del 14 de febrero de 1853, en el cual Napoleón dijo que en el curso del año pasado había disminuido el ejército en 30.000 hombres; que lo disminuiría en el año corriente en 20.000 mas; que quería cultivar con lealtad las buenas relaciones internacionales, á fin de que se convenciesen los mas incrédulos de que la Francia merecía fe cuando declaraba expresamente su intención de conservar la paz; que el país era bastante fuerte para no temer á nadie y que por lo mismo no necesitaba engañar á nadie.

Otra prenda de una paz duradera se vió en el anuncio de que en 1.º de mayo de 1855 se abriría en París una exposición universal semejante á la de Londres. A este anuncio contestó el comercio de Londres con una manifestación de su confianza firmada por 4.000 comerciantes de la City, que presentó al emperador una comisión presidida por James Duke y que aceptó Napoleón dando las mas calurosas gracias, como prueba de que no podía engañarse durante mucho tiempo la buena fe de un pueblo y diciendo á la comisión:

(1) Malmesbury: *Memoirs*, tomo II, pág. 60.

(2) *Memoires de Griscelli*, Bruselas, 1867, págs. 32 y siguientes; Beaumont-Vassy: *Histoire intime*, pág. 87; Delord, tomo II, pág. 82.

«Como ustedes, quiero la paz, y para consolidarla quiero como ustedes estrechar los lazos que unen á ambos países.» Iguales seguridades dió á otra comisión inglesa que le suplicó confirmara como emperador el interés que tomó algun día en trabajos literarios á favor de la construcción del canal de Nicaragua, para unir el golfo de Méjico con el Océano Pacífico. En una palabra, en el verano del año 1853 pareció fundada la esperanza en el mantenimiento de la paz europea y que esta esperanza se robustecía notablemente.

#### CAPITULO IV

##### LA GUERRA DE CRIMEA

No obstante la creencia, cada día mas robusta, en la duración de la paz, llegó por aquel tiempo á asomar en Oriente un conflicto gravísimo, y estaba ya tan adelantado que parecía ya muy dudoso que este conflicto tomara un giro pacífico. En 2 de julio de 1853 las tropas rusas habían pasado el Pruth, no para hacer la guerra á la Turquía, sino para proteger en los Estados del sultan los derechos inalienables de la Iglesia griega, segun declaró un manifiesto del emperador de Rusia. El Austria se encontró amenazada por esta posición militar de la Rusia; la Inglaterra había contribuido mas que otro Estado alguno á alentar á la Turquía en su resistencia á las exigencias de Rusia, y la Francia había sido causa de la desavenencia entre el emperador de Rusia y el sultan. Las tres potencias creyeron que su honor y sus intereses exigían no abandonar á la Turquía; y si bien por lo pronto, en una conferencia celebrada en Viena, en la cual tomó tambien parte la Prusia, trataron de buscar un arreglo amistoso, se había puesto fuera de duda en las negociaciones diplomáticas anteriores la incompatibilidad de las exigencias rusas con la independencia del sultan. La inteligencia entre ambas partes parecía, pues, poco menos que imposible.

El punto de partida de la desavenencia databa de muchos años antes y pareció tan insignificante que se creyó posible un arreglo entre los intereses opuestos (3). En una de las frecuentes contiendas entre los monjes griegos y católicos en Belen, había desaparecido en 1847 una estrella de plata con una inscripción latina de la iglesia comun á ambas religiones en aquel lugar. Cada una de las dos partes contendientes pretendía tener el derecho de reemplazar la tal estrella, como signo de ser la verdadera propietaria del santo lugar. De este primer punto de contienda se originaron otros de importancia análoga, por ejemplo la cuestión de cuál de las dos partes debía tener en su poder la llave de la puerta principal de la iglesia, á qué parte correspondía el derecho de reparar la cúpula de la del Santo Sepulcro en Jerusalem, y en cuáles horas podían utilizar las diferentes religiones los santuarios comunes. Como la Rusia había considerado desde un principio causa suya la causa de los monjes griegos, y como por otro lado la Francia tenía por la capitulación de 1740 el derecho de protección de los cristianos católicos, las citadas contiendas locales habían sido objeto de discusiones diplomáticas, en las cuales cada uno de los representantes de las dos grandes potencias cristianas procuró inducir al gobierno turco á zanjar las cuestiones pendientes conforme á los deseos de la religión que defendía. Al principio los rusos tuvieron mas éxito que los franceses; pero

(3) Véase para el origen é historia de estas desavenencias la *Historia de la cuestión de Oriente*, por Félix Bamberg, que forma parte de esta biblioteca histórica, y tambien la obra inglesa de Kinglake: *The invasion of Crimea*.